

M.^a Carmen García Tejera (Universidad de Cádiz)

EN TORNO A LA POESÍA PAISAJÍSTICA DE UN “JÁNDALO”: GERARDO DIEGO

“Yo me di cuenta un buen día de que yo también era un jándalo [...]. Pues yo me dije: vengo siempre que puedo a las orillas del Guadalquivir y a la bahía de Cádiz, [...]. Ergo, yo también soy un jándalo”.

G. D.

Ya es casi un tópico referirse al papel que desempeñó Andalucía –su tradición, sus costumbres, su cultura, sus gentes...– en la Generación del 27: recordemos, a modo de ejemplo, la organización y participación del Concurso de Cante Jondo celebrado en Granada (1922), auspiciado, entre otros, por Federico García Lorca y Manuel de Falla, o la conmemoración del Centenario de Góngora –1927– en el Ateneo de Sevilla. Un buen número de poetas de esta Generación –García Lorca, Alberti, Cernuda, Aleixandre, Prados, Altolaguirre...– procedía también de Andalucía; algunos otros –Salinas, Guillén...– residieron durante algún tiempo en nuestra tierra. Y todos, casi sin excepción, muestran en su obra creativa –en sus temas, en sus formas– alguna huella del Sur.

1. GERARDO DIEGO, VIAJERO POR ANDALUCÍA

Centrémonos en la relación de Gerardo Diego con Andalucía. Su biografía nos habla de viajes esporádicos –pero frecuentes– a diversos puntos de nuestra geografía (en casi todos los casos, con ocasión de conferencias o recitales, invitado por otros poetas andaluces o requerido por determinadas instituciones). Hay que advertir que Gerardo Diego fue un viajero incansable y que, como consecuencia de ello, una parte considerable de su obra poética recoge un buen número de creaciones que podríamos denominar “paisajísticas” –ciudades como Soria o su Santander natal, ambientes, monumentos...–, muy vinculadas a su propia bio-

grafía; aspecto que ya ha sido estudiado por reconocidos especialistas (1). Pero esta poesía paisajística en modo alguno se puede considerar como mera transcripción en verso de un simple recorrido turístico: como advierte F.J. Díez de Revenga (1989: XXXIV), “Del grupo de poesía y paisaje [...] surge un nuevo sector de la poesía de Gerardo Diego muy valioso que queda vinculado a personajes históricos que han producido en el poeta una determinada emoción [...]. Otro ejemplo lo constituirían poemas de paisaje, vinculados a un determinado espacio que no sólo sobresale por su belleza arquitectónico-natural, sino también por su elevada espiritualidad, por su sentido religioso”. Pues bien: esta doble distinción nos resulta muy oportuna para comentar brevemente algunos poemas “andaluces” de Gerardo Diego que ciertamente tienen su punto de partida en esos viajes a Andalucía que, según testimonio del poeta (1974: 15) se iniciaron en 1925:

“Tenía yo verdadera ilusión, ilusión creciente, por descubrir Andalucía. Año tras año crecía mi impaciencia. Al fin, en 1925 pude satisfacerla. La fecha fue primaveral, víspera y plena Semana Santa. El itinerario: Granada, Málaga, Cádiz y Sevilla. Quedó Córdoba, entre las grandes ciudades, inédita. El propósito era doble. De una parte, ver Andalucía. De otra, visitar y charlar largamente con don Manuel de Falla...”.

2. LOS “POEMAS ANDALUCES” DE GERARDO DIEGO

Fruto de éste y de otros muchos recorridos por nuestra geografía –siempre desde la evocación, con las imágenes ya sedimentadas en el recuerdo– son sus numerosos poemas dedicados a Andalucía. El libro *El Jándalo (Sevilla y Cádiz)*, Premio de Poesía “Ciudad de Sevilla” en 1959, se circunscribe a estas dos provincias. Fue escrito entre 1957 y 1959: con posterioridad a la concesión del premio, se le añadieron nuevos poemas con los que aparece en la edición de 1964 (Madrid. Col. Palabra y Tiempo). Pero además, gran parte de su obra está salpicada de poemas andaluces: abundan en “*El Cordobés*” dilucidado y, especialmente, en el que va unido a éste, *Vuelta del Peregrino* (1966); en *La suerte o la muerte* (1963); en su *Glosa a Villamediana* (1961); en las distintas series de *Hojas* (vid. edición de sus *Poesías*) figuran poemas escritos entre 1957 y 1982. Y no podemos olvidar dos de sus poemas más significativos –“Visita al mar del sur”, de 1925, y “Giralda”, de 1926– insertos, respectivamente, en sus libros *Ver-sos humanos* (1925) y *Alondra de verdad* (1941).

Pero Andalucía está presente en la obra poética de Gerardo Diego, no sólo a través de sus evocaciones paisajísticas: también se halla en los homenajes, retratos, etc. a numerosos poetas, anteriores o contemporáneos (los dedicados, especialmente, a Manuel Machado, Alberti y García Lorca, o a otros poetas malagueños, sevillanos y gaditanos); a músicos (Falla), a pintores nacidos o vinculados estrechamente a Andalucía (Velázquez, Murillo, Zurbarán...); en su dedi-

1) Vid. J. MONTERO PADILLA, “Gerardo Diego en su geografía lírica”, *Homenaje a los premios Cervantes*, 1986: 193-212, y D. ALONSO, “Las tierras de España en la poesía de Gerardo Diego”, Conferencia pronunciada en el *Homenaje a G.D. en la U.I.M.P.*, Santander, 1980.

cación al mundo taurino —una de sus grandes aficiones—, e incluso en el empleo de formas tradicionalmente relacionadas con Andalucía (sus “soleares”, las seguidillas del “Torerillo en Triana”) o en la recreación de algunas de sus manifestaciones folklóricas más genuinas (“Sevillanas”, “Comparsas”...). Resulta del todo imposible referirse a cada uno de estos aspectos en unas líneas, por lo que hemos seleccionado sólo algunos de los denominados “poemas paisajísticos”, que comentaremos al hilo de las declaraciones realizadas por el mismo Gerardo Diego, referidas a su gestación y elaboración.

Comencemos por los dos que citábamos más arriba —“Visita al mar del Sur” y “Giralda”—, fruto de su primera estancia en Andalucía. Su descubrimiento del “Mar del Sur” —que se produce en Málaga— va íntimamente unido a poetas y amigos de la tierra:

“De la mano de Manolo Altolaguirre y de José María Hinojosa y de un jándalo bilbaíno, mi queridísimo Agustín Temiño, [...] descubrí el mar del Sur. Y de mi impresión nació un poema, ‘Visita al mar del Sur’, que dediqué a Rafael Alberti...” (1974: 16).

Las diez décimas que integran esta composición establecen un contraste: ante la visión del Mediterráneo, Diego evoca su Cantábrico y de este modo se van oponiendo formas, luces y colores:

“De aquel mar me despedía,
mi cántabro mar maestro,
para buscar el mar nuestro,
mar nuestro de cada día.
Yo apostaba en la porfía,
sobre la vuelta de Ulises,
buen catador de países,
Colón prudente de Thules
tras de las aguas azules,
como aquél tras de las grises.

Y al sur llegué. El panorama
desde los montes que piso
se dibuja alto y preciso,
pródigo se desparrama.
Cerca, la encendida trama
de la vertiente en retazos.
Y arriba el mar visto a plazos,
sucesivo y momentáneo,
el arco mediterráneo
que rebasa de mis brazos.

Yo, por contrapunto, pienso
en mis cantiles del norte,
y traban mutuo soporte

visión fiel, recuerdo intenso.
Queda el presente indefenso.
El ayer triunfa. Y en plena
metamorfosis de arena,
bajo la luz que hago lluvia,
vierto aquella arena rubia
sobre esta playa morena.”

3. CATEDRALES O IMÁGENES DE LA VERTICALIDAD

“Mis ojos estrenaron Sevilla en la Semana Santa de 1925”, afirma Gerardo Diego. Y continúa: “Una de mis primeras visiones fue la de la Giralda, ofrecida súbitamente a mis miradas que vagaban distraídas al nivel de la calle, ‘al contraluz de luna limonera’. La impresión fue muy intensa y tan maravillada que recuerdo que una de las agujas de la Catedral fue, durante unos instantes, para mí el más incólume de los cipreses.” (“Notas” a *Alondra de verdad*, *Poesía*, I: 488). El soneto “Giralda” (escrito en Gijón al año siguiente) está resuelto en una geometría vertical en la que se aúnan las imágenes vanguardistas con la característica espiritualidad ascensional, presentes ambas en muchas creaciones de Gerardo Diego (inevitable aquí la evocación del “Ciprés de Silos” o de los dedicados a otras torres catedralicias –como las de Compostela– cantadas también por el poeta) (2):

“Giralda en prisma puro de Sevilla,
nivelada del plomo y de la estrella,
molde en engaste azul, torre sin mella,
palma de arquitectura sin semilla.

Si su espejo la brisa enfrente brilla,
no te contemples –ay, Narcisa– en ella,
que no se mude esa tu piel doncella,
toda naranja al sol que se te humilla.

Al contraluz de luna limonera,
tu arista es el bisel, hoja barbera
que su más bella vertical depura.

Resbala el tacto su caricia vana.
Yo mudéjar te quiero y no cristiana.
Volumen nada más: base y altura.”

Esta “verticalidad” o “ascensión” se hace también patente en el poema titulado “Catedral” [de Sevilla], publicado, años después, en su libro *El Jándalo* (*Sevilla y Cádiz*):

2) El tema de Sevilla quedó considerablemente ampliado, años después, en *El Jándalo*, donde el poeta efectúa todo un recorrido por la Sevilla monumental, por sus calles, plazas y barrios, y en donde se evocan, tanto las imágenes más emblemáticas de la religiosidad sevillana, como a pintores y poetas.

“Catedral de Sevilla.
Sueño de cielo en ascensión de palmas.

Cuando tus losas piso
y me atrevo a mirar a las alturas
cómo me siento gótico
y arraigado en el sur, tal esos haces
que surten esbeltísimos y unánimes,
troncos lisos
de vertical amor,
bosque clarísimo
para perderse el alma
abriéndose en estrellas de la bóveda.”

y en el poema “Catedral de Málaga” que, como homenaje a Salvador Rueda, aparece en *Vuelta del peregrino* :

“Naciste de la pura geometría,
blanca en la mente azul delineante,
y eres proyecto siempre, alzado instante,
espuma puesta en pie, cuajada y fría,

mas tan real de piedra y teología
que se me van los ojos al bramante
incorruptible, a la plomada amante
de que Dios más que nada se gloria.

Clarividencia de arcos y de claves
visitada por ángeles bautistas,
aula que a fe me mueves y descalzas,

roca y cristal de sal, rada de naves
en vuelo anclado palpitando aristas,
tu alumno quiero ser si a ti me alzas.”

4. “PAISAJES CON FIGURAS”

Junto a estos poemas paisajísticos (a los que podríamos añadir “Cabo de Gata”, también de *Vuelta del Peregrino*), fruto de una particular “visualización” y exponentes de una intensa emoción contemplativa, hay que situar otro grupo de composiciones, mucho más numeroso, en los que el espacio se halla íntimamente vinculado al hombre: la denominación “paisaje con figuras” que da título a uno de sus libros (publicado en 1956) conviene a gran parte de sus creaciones en las que la evocación de un paisaje aparece indisolublemente unida a un músico, un poeta, un pintor, etc.: podemos comprobarlo en la composición que dedica a la ciudad de Granada y a Falla. Recordemos que uno de los propósitos que traía Gerardo Diego en su primer viaje a Andalucía era “visitar y charlar largamente

con don Manuel de Falla". Falla se convirtió en su guía por la Alhambra. El poema "Falla en la Alhambra (recuerdo de 1925)" (*Vuelta del Peregrino*) elimina casi totalmente las imágenes "visuales" que observábamos en sus anteriores poemas: con independencia del recuerdo a otros músicos, toda la composición es pura acústica (3):

"La Alhambra no, que nadie se la enseñe.
Quiero llevarle yo.' La tarde era
frágil y gris de niña primavera,
norte del sur. (Ay, mi Verdoso lueño.)

Puerta del Vino, Debussy. Despeñe
sus arpeggios de uña la habanera.
Don Manuel se detiene, habla, pondera.
Me mira y calla: que yo escuche y sueñe.

Azulejo de Albéniz, huésped, monje.
Y llueve al fin pianísimo. Que esponje
la hoja nueva y la flor de los sembrados.

El arrayán se abre: un gnomo ardiente.
Falla y él charlan, qué piadosamente
—catedral sumergida—, de Granados."

Desde Granada —pasando por Málaga—, Gerardo Diego se encamina hacia Cádiz, también con Falla como "cicerone"... a distancia:

"Gracias a los consejos de Falla, vi la verdadera Cádiz, aun no estando él conmigo, aun no conociendo absolutamente a nadie en la ciudad. Fueron dos sus principales recomendaciones. La primera, subir al mediodía a la Torre de Tavira. La segunda, visitar en casi segura soledad el Museo de Bellas Artes, y en él los zurbaranes" (1974: 16).

De nuevo las imágenes visuales —y sobre todo los elementos plásticos y cromáticos— van a hacerse patentes en los poemas gaditanos de Diego. De un lado, la contemplación en el Museo gaditano de la serie de cartujos, le inspira un homenaje a Zurbarán —uno de sus pintores favoritos— plasmado en el poema "Beato Juan Houghton". De otro, la contemplación de la ciudad —en sucesivas visitas, por tierra y por mar— le sugiere la elaboración de una serie de poemas en los que, bajo el significativo título de "Marinas", el poeta destaca las notas de color que, a su juicio, mejor la caracterizan. En su "Elegía de Cádiz", Gerardo

3) Años después —en 1975— el recuerdo de Falla en Granada sería objeto de un nuevo poema, "Los árboles de Granada" (*Hojas, 1960-1975*).

Diego quiso expresar "la visión del nacimiento de la tacita de plata sin máculas ni profanaciones" (1974: 42) (4):

"Era Cádiz blanca, blanca.
Y verde y blanca.
Nada más.

Qué alegría daba verla
—dudosa, cierta, acercándose—
blanca, blanca,
y a estribor
—y verde y blanca—
alta, girar, desfilar,
viniendo en barco de allá,
de Ultramar."

Y en Córdoba, la voz de Gerardo Diego encuentra el eco de otra voz poética: la de Góngora:

"Canta que canta el Betis su sempiterna copla
en latín y ladino y rabino y arábigo,
canta que canta y no sé
si ya Don Luis la oye y le entiende su hoy
ni si yo la interpreto su antes y su después.
Parece que me dice: —¿Cómo no he de entenderla
si él es mi trujamán, mi romance, mi rey?
Mi río es una torre tumbada y crece y crece.
La piedra se está quieta, resbala el cristal fiel.
Y ahora oigo que me copia:
'Según vuelan por el agua
tres galeotas de Argel,
un aquilón africano
las engendró a todas tres'."

("Góngora en Córdoba", *Vuelta del Peregrino*, 1966).

5. LOS POEMAS DE UN "JÁNDALO"

Tras este apresurado y apretado recorrido por la obra de Gerardo Diego pensamos que sus "poemas andaluces" no pueden ser considerados únicamente como fruto, más o menos anecdótico o circunstancial, de simples visitas turísti-

4) De sucesivos viajes por Cádiz —capital y provincia— surgieron nuevos poemas, recogidos en *El Jándalo*. Además de los ya citados, destacamos un delicioso "Cancionero gaditano": todo un itinerario lírico por la geografía de la provincia (Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Sanlúcar, El Puerto, Puerto Real, San Fernando, Rota, Chipiona, Jerez, Arcos, Ubrique, El Gastor, Villaluenga, Setenil, Algeciras, Tarifa...).

cas por nuestra geografía, o de inevitables compromisos con amigos o con anfitriones ocasionales. La clave de esta parcela de su obra hay que buscarla en su propia condición de "jándalo". Ya es sabido que tal denominación se viene aplicando a ese grupo de personas que —procedente del Norte de España y, especialmente, de la Montaña santanderina— se afincan en el Sur. Y Manuel Machado bautizó así a Gerardo Diego:

"Magnífico hasta el escándalo,
todo de gracia y de luz,
nos ha salido este 'jándalo'
supremamente andaluz.
¡Eso es!
Montañés."

Jándalo es el título que dio el poeta a su libro más andaluz. Y él mismo tuvo conciencia de ser un jándalo. Sus palabras (1974: 13-14) son —pensamos— la mejor confirmación de su andalucismo —o, si se quiere, "jandalucismo"— en poesía:

"...Yo me di cuenta un buen día de que también yo era un jándalo, un jándalo de la poesía y del amor a la tierra de María Santísima [...]. Pues yo me dije: vengo siempre que puedo a las orillas del Guadalquivir y a la bahía de Cádiz, canto a la Giralda, al toreo andaluz, a la música y al baile, y me retoñan cuando vuelvo a mi tierra plantas de emociones sembradas y nacidas junto a la Torre del Oro o a la de Tavira. Ergo, yo también soy un jándalo".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Hemos utilizado los dos volúmenes de *Poesía* que, hasta el momento, constituyen la edición de la *Obra Completa* de Gerardo DIEGO (edición, introducción, cronología, bibliografía y notas de F.J. DÍEZ DE REVENGA. 1989. Madrid. Aguilar), así como el librito de G.D. titulado *Un jándalo en Cádiz* (con prólogo de Pilar PAZ PASAMAR). 1974. Cádiz. Ediciones de la Caja de Ahorros de Cádiz.